

## Lectura en voz alta

Juan José Arreola

Lector, éste es un libro de lectura. Inútil buscar en él otra cosa. No es una antología universal ni un volumen de trozos escogidos. Más que yo mismo, otros lo coleccionaron para mí: los autores de textos escolares, como María Luisa Ross o Atenógenes Pérez y Soto, a quienes aquí rindo tributo. Lo único que importa es que todas las páginas aquí reunidas me enseñaron a amar la literatura y por eso las amo y las reúno. Las leí por primera vez entre los ocho y los doce años de edad. Sólo he agregado unas cuantas que leí después, joven o adulto, y que tienen el mismo valor y la misma enseñanza: me devolvieron el candor y la ingenuidad primeras. Esto es, me siguen enseñando a ser hombre y me enriquecen con los dones de una lengua que ha desarrollado mi espíritu: pez que circula en el agua del lenguaje materno.



Me desentiendo, por lo tanto, de la cronología, de los países y las épocas que señorean habitualmente los manuales de literatura. Ni siquiera los nombres **egregios** han sido tomados en cuenta. En este libro sólo debe oírse una melodía: la de la lengua castellana, por obra y gracia de autores originales o de traducciones anónimas y devotas.

Por eso quiero que pueda ser leído en voz alta, sobre todo por los niños que desarrollan su ser en nuestra habla. Lástima que no pueda hacerse en un coro, para saber quién desentona y quién puede ser un solista. Porque el solista es poeta y el que desentona debe ser llamado a cuentas por la comunidad del espíritu: yo te diré quién eres si hablas el idioma que entiendo: si pagas mi atención con la moneda de tu alma acuñada en lenguaje: única divisa que tiene aceptación universal. Si eres checo, alemán o francés, yo te doy el oro de mi lengua por el oro de la tuya.



No sé de ningún tratado que nos ayude a leer en voz alta. Sólo el ejemplo de quienes saben hacerlo y resucitan de viva voz el sentimiento y la melodía que bulleron el alma de los autores, sirve de algo. Pero lo que no puede el maestro, lo hace el instinto, el genio del lenguaje que poseemos, aunque se haya o se halle dormido entre nosotros.

Dejo adrede, sin aclararlas en nota, muchas palabras, nombres y hechos enigmáticos. Siempre es bueno promover en los lectores alguna visita provechosa al diccionario y a las enciclopedias. Ojalá y sea así, para que el que quiera entender, entienda. Y si no, tanto mejor: el misterio poético se verá acentuado por las dudas de fecha, nacionalidad y vocabulario.

Finalmente debo mencionar aquí a Emilia Gaitán González, porque copió todos los textos con presteza, paciencia y cuidado, *ancilla dilectissima*. Pero sobre todo, y en primer lugar, a los Editores, porque al apoyar la edición hicieron posible que yo tuviera juntas otra vez las palabras que me enseñaron a amar la literatura. Para que otros niños, jóvenes o viejos, las releen conmigo. Adiós pues, lector. Y a Dios las gracias.

México y 1968

